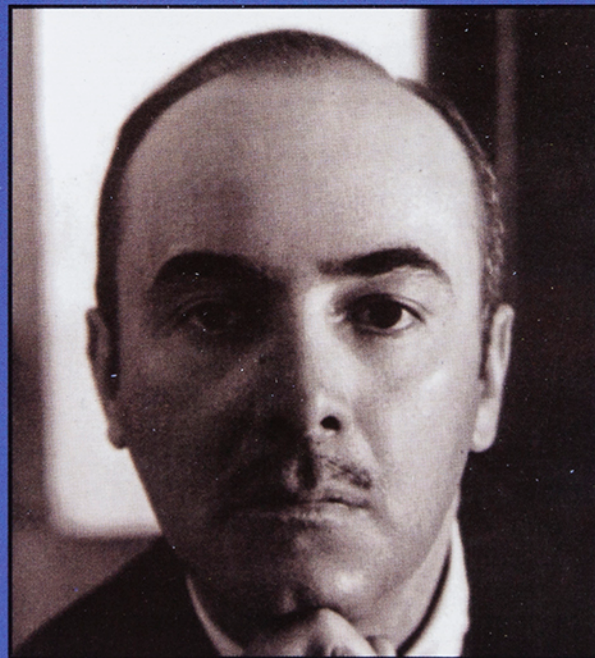




LOS CONTEMPORÁNEOS

CARLOS
PELLICERVOZ VIVA
DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Voz del autor

Presentación

JUAN JOSÉ ARREOLA

Carlos Pellicer nació en la Villahermosa de Tabasco el 4 de noviembre de 1899. Predestinado a reanudar el curso de la gran poesía mexicana, publicó su primer libro —*Colores en el mar*— el mismo año (1921) en que murió López Velarde.

Apenas adolescente, ya está en Colombia y en Venezuela tomando posesión de los paisajes y de los hombres que serán los futuros temas de su poesía. Sus amores de juventud, y de toda la vida, son ya Bolívar y los Andes, Morelos y el Valle de México, el Amazonas, Uxmal y el Tequendama. Dueño por naturaleza de las selvas y los ríos, Pellicer se convierte en el cantor excelente de los trópicos y de los héroes, de todas las grandezas humanas y terrestres que resuelve en amplias y poderosas plenitudes verbales. Invasoras del espíritu, como las crecidas del Grijalva y el Usumacinta.

Viajero juvenil, privilegiado por una rara fortuna, Carlos Pellicer (“un árbol de caoba que camina”) tiene muy pronto ocasión de redondear su posesión del mundo y lo recorre en activa contemplación. Grecia y Florencia, París y Constantinopla, Holanda y Palestina empiezan a pasar por sus poemas que se pueblan de imágenes de mármol, de bronce y de canteras labradas, de músicas y pinturas vistas y oídas en la perfección de cada ambiente natural adonde sus pasos le llevan. En vez de acumular recuerdos y fotografías, Pellicer se trae literalmente en sus libros los paisajes, las cosas y los seres, así como su propia presencia estremecida durante ese “geográfico cateo”, que le hace sentir más profundamente la realidad furiosa y esperanzada de América.

Aunque para muchos sea éste el mayor mérito de su poesía, Pellicer no es solamente el suntuoso descriptor de los trópicos americanos y el egregio cronista de nuestras glorias civiles y militares. Es también el afortunado inventor de mil pequeñas fantasías, frecuentemente humorísticas, que lo unen, a su debido tiempo y en las horas mejores, al grupo de los más destacados surrealistas. Y la tiranía, ya sea de América o de cualquier otra parte, ha encontrado en él uno de sus más certeros y lapidarios detractores. Las penas y las alegrías del amor pueblan las páginas de *Recinto*, y resuenan, pintadas de sensual melancolía, en las *Horas de junio*. Pero el hilo de religiosidad, profundamente cristiana, que atraviesa toda la obra de Carlos Pellicer y que desemboca ya torrencial en *Práctica de vuelo*, significa tal vez la mayor gloria del poeta que desde la muerte de Ramón López Velarde es nuestro más grande lírico viviente.

...no conoció la lengua titubeo...

Dueño de toda la extensión de la palabra, Carlos Pellicer puede escribir en compañía de muy pocos poetas un verso semejante. Manejada por él, la lengua española se vuelve uno de los instrumentos más aptos y grandiosos para la expresión del espíritu y para el regocijo de los sentidos. Hasta leída en voz baja, su poesía es siempre sonora al oído y deslumbrante a la vista. El tacto se recrea en las superficies prosódicas, trabajadas en ondulaciones y relieves de perfección absoluta, en donde brotan como flores y frutas las agudas sensaciones olfativas.

La roca apasionada (“Los Sonetos de Zapotlán”)

Como tantos otros poemas suyos, “Los sonetos de Zapotlán”

encierran la memoria de un viaje y resumen una experiencia personal que no solamente abarca los tres días que Carlos Pellicer pasó rodeado de amigos en un rincón de la provincia mexicana, sino que se vuelven metáfora entera de la vida del poeta: una feria pueblerina sobre un fondo de paisaje otoñal: *Fiesta, ¿de cuál color?, ¿con qué sonido?* Otoño presente, primavera pasada: *Triunfos de coronal idolátrico/ desnudan sepulcrales posesiones*. Y el corazón ya maduro y acendrado es el viejo racimo *que junio en otros junios exprimía...*

La mitad más alta del hombre ya está en el cielo, cortada por una cintura de inocencia. Abajo quedaron, terrenales, las pasiones. (En Zapotlán, la Pastora es una nube blanca y transparente que al atardecer, flotando en las laderas, divide en dos la mole del Nevado de Colima.)

Ventanas y puertas de alegría (“Estudio”)

Este croquis de Curazao es un “puerto de escala”, una nota de alegría y de color, un buen golpe de dados que el poeta y el destino tiraron afortunadamente sobre el mar.

En su obra notable de cartógrafo y navegante, Pellicer abunda en minuciosas maravillas: ninguna tal vez tan clara y luminosa, tan tratada a punta de pincel risueño, como esta breve acuarela de Curazao. Isla de juguete donde impera una reina, que todos quisiéramos dar por legendaria.

Las verdes máquinas del trópico
 (“Esquemas para una oda tropical”)

Aunque realizada en forma esquemática: grupos de apuntes para un lienzo monumental, esta oda constituye uno de los

más logrados murales mexicanos. La influencia de Diego Rivera es evidente: grandes masas de verdes y de ocre dispuestas en un solo plano, acumuladas y verticales, como un corte sagital en un torrente de vida pletórico y lujuriente. Sinfonía de colores; embriaguez total de los sentidos. Comunió del vegetal y la bestia en acordes disonancias; paraíso estancado donde brotan metáforas monstruosas y donde las pasiones se queman, finalmente, en los braseros de la más solitaria angustia del poeta. Las palabras dejan ver apenas el bosque del poema. Brillan aquí y allá, unos tras otros los aciertos como rayos de sol entre el ramaje, con relampagueo de quetzales y lentos desarrollos de serpiente.

Habría que poner aquí, como parte de estos *Esquemas*, un pasaje de la prosa de Carlos Pellicer, tan escasa como frecuentemente admirable: “...oigo un rumor de las grandes selvas de Tabasco. Nada es más impresionante que estas selvas tropicales nuestras, en cuya humedad parece adivinarse el origen de la materia prima de la raza humana. El ambiente engrosado por hálitos poderosamente generadores balancea en la penumbra flores sombrías apenas imaginables. Manifestada con esplendores de muerte la vida del gran bosque se enlaza prodigiosamente con la expresión animal. La selva, al desarrollar su talle multiforme, destruye toda posibilidad de silencio que los ríos liquidan con un falso rumor de aguas sonoras... Pájaros nunca vistos desintegran atardeceres para reorganizar la aurora de cuyo paso el gran bosque sabe, gracias a una orquídea, que sólo en ese instante unos instantes se abre ligeramente. En un área de cedros y caobas amarrados de víboras, una guanábana demasiado madura hace explosión con resultados perfumantes... Las altas tempestades bajan sobre las altas selvas. El rayo da una lanzada en el costa-

do de un gran cedro y el aroma sangra por semanas y días. Parejas de pumas y de leopardos sacuden dorados, inaccesibles desposorios. Un venado olfatea el centro de la tierra y plebiscitos de loros votan por el arco iris. Dos semanas llueve en tal forma, que la sed se prohíbe en todas las entradas del gran bosque. Por ahora no queremos más hormigas, dicen todas las hormigas del mundo que trabajan tres turnos en echar abajo una ceiba colosal. Un vértigo de vida enmaraña con hilos invisibles la selva, como una trampa en la que la vida y la muerte juegan a ser lo mismo”.

¡Al viento, al viento, a lo que el viento quiera!
 (“Sonetos postreros”)

Aunque después de ellos Carlos Pellicer ha escrito poemas de muy diversa inspiración y factura, los “Sonetos postreros” representan en cierto modo la culminación de su arte poética y de su pensamiento religioso, filosófico y humanístico. Al continuar el sereno estoicismo de los “Sonetos de Zapotlán” (aboli- ción de la sensualidad, afirmación de los valores supremos y tranquila renuncia a las conveniencias del libre albedrío), estas “declaraciones últimas” establecen claramente la posición final de un poeta que si fue capaz de entregarse con grandeza al ejercicio humano de sus cinco sentidos, supo a cada paso recordar la pasajera vanidad de esa gloria: *El domador de pa- labras/ suntuosamente seguido,/ parará en pastor de cabras,/ agres- te mancha de olvido*. Y si alguna vez nos dijo (¡lamentándolo- lo?) que el trópico le había llenado las manos de color, y si cantó alegremente, con la voz llena de resonancias populares, su cotidiano amor a la tierra natal, ahora se ha quedado solo, impersonal y sin tierra que lo apoye, para unirse al coro de

los desheredados, de los que tienden la mano hacia Dios con la palma henchida por “la nada poderosa del mendigo”:

*Agua de Tabasco vengo
y agua de Tabasco voy.
De agua hermosa es mi abolengo;
y es por eso que aquí estoy
dichoso con lo que tengo.*

Dichoso, sí, porque lo tiene todo. Y dichoso también porque puede renunciar a todo. Hasta al prodigioso imperio de sus ojos que resume ahora en los grises de una aldea espectral, toda la gama sensitiva de las apariencias lisonjeras a la vista, que fue, en otro tiempo, el orgulloso regocijo del poeta.

No tengo tiempo de mirar las cosas... (“Nocturno”)

Uno de los temas centrales de Carlos Pellicer es la renuncia —o la negación— de sus más egregias cualidades de poeta: *Esplen- dor que a mis voces apasional/ ¿para qué el acordar con tanta lira?/ Hoy que te hablo Señor, sólo suspira/ la lira de caudales y corona*. “Nocturno” es un poema de juventud en que ya se deplora la fuga del tiempo que arrastra los seres y las cosas sin que la mirada pueda detenerlas en su vana voluntad de posesión. Aunque la poesía las eternice, las cosas contempladas están in- cluidas en el curso temporal, y se acumulan en el pasado como horas de recuerdo que ya nada puede rescatar. Por eso el poeta prefiere y exalta sus percepciones internas, los datos previos del mundo que lleva dentro de sí como un legado inmemorial y que son anteriores a toda experiencia sensitiva. Sensitiva y, por lo tanto, falaz y destructora.

La mórbida penumbra (“La puerta”)

Como pocos, Carlos Pellicer ha vivido a la intemperie del pa- norama y de los viajes. Sin embargo, nadie se ha recluido tanto como él para balbucear en la sombra de la intimidad amorosa este poema. “La puerta” es clausura y liberación. Abierta, expul- sa a los amantes; cerrada, los entrega el uno al otro en esa cár- cel ambicionada que es campo libre donde las caricias lucen como joyas, y donde la dicha puede hallarse con los ojos cerra- dos. Desdibujado en la penumbra, el rostro del amor sustituye en la noche a todos los paisajes de la tierra.

...las horas sin tiempo y sin clima... (“El recuerdo”)

Pocos años después de “Nocturno”, el recuerdo vuelve a insistir sobre la fugacidad del tiempo, y el tema se desarrolla sobre una anécdota amorosa: el poeta trata de reconstruir a la amada per- sona buscando todas las huellas que ha dejado en los objetos fa- miliares: en las piedras y en las rosas del paisaje escenario, que es también el alma del amante. Ninguna sensación de pasado es qui- zá tan aguda como la pérdida del amor. El presente aparece can- jeado por una eternidad negativa de horas estáticas: *las horas/ en que se perpetúan/ los instantes/ de tu ausencial presente de paloma*.

Notas. Silencios. Claves. Alteraciones. (“Grupos de palomas”)

Una serie de fotografías instantáneas sobre el paisaje familiar de Las Lomas de Chapultepec, en la que Carlos Pellicer se entrega a uno de sus pasatiempos favoritos: la modificación del paisa- je con base en los elementos móviles que se desplazan en el

espacio, en este caso, un grupo de palomas. Más que escrito, el poema parece filmado por un experto en movimientos de cámara y en juegos ópticos. Ya en otra ocasión —y en otro viaje— el poeta nos había dado el espectáculo casi vertiginoso de su vuelo sobre Río de Janeiro: las casas, el mar, el cielo y el pan de azúcar jugaron a la ruleta. Ahora, en este breve tratado de orni- tología poética, se nos entrega íntegro el ser y el quehacer de las palomas. Y con ellas, el paisaje gira y vuela, se precipita al cielo o se detiene, milagrosamente oblicuo, en el suave declive de una loma. Y sin que sepamos por qué, el espíritu se nos llena de gra- cia y vuela también, arrebatado a recónditas alturas palomares.

...el amor a las flores (“Discurso”)

Siguiendo el ejemplo de los artistas indígenas que crearon el pro- digio de la plumaria y los mosaicos florales, Pellicer compuso este “Discurso” como una pieza de circunstancias en que su artesanía verbal, sus conocimientos de jardinería y de botánica, así como su profundo amor a la patria, llegan a luminosos y naturalmente floridos extremos. Obra típica de un pintor “colorista”, el poema incluye no menos de veinte referencias eruditas, y pasa ante nues- tros ojos como un desfile de flores de papel. Un momento: son flores de poesía recién cortadas y fragantes. Desde las que se abrieron antes de que nosotros *habláramos castilla*, hasta la que brota —marchita— de las páginas de un libro.

Ciudad de México, 1960

Lado A

Los sonetos de Zapotlán	3'55"
Estudio	1'11"
Esquemas para una oda tropical	9'07"
Sonetos postreros	4'20"
Tiempo total:	18'32"

Lado B

Nocturno	1'30"
La puerta	2'50"
El recuerdo	2'17"
Grupos de palomas	3'31"
Discurso por las flores	9'47"
Tiempo total:	19'56"

La primera edición en cassette de *VV-3 Carlos Pellicer* editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, se produjo en SONOPRESS, una división de BMG Entertainment México, S.A. de C.V., Av. Cuatrecasas 2519, Col. San Salvador Xochimilco, 02870, México, D.F., y se terminó de imprimir en Offset Santiago, S.A. de C.V., Dr. Bernal 182, Col. Doctores, 06720, México, D.F., en agosto de 1999. Se tiraron 1 000 ejemplares.

DR © 1999, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. Coordinación de Difusión Cultural/ Dirección de Literaria/ Voz Viva

Selección y presentación: Juan José Arreola
Voz del autor
Ingeniero de grabación: Bernardino Enríquez
Edición y masterización: David Bojorges,
Estudio 19
Diseño: Vicente Rojo Cama

Captura: Alma Delia Lara
Cuidado de la edición:
Margarita Heredia Zubietta y
Diego Mejía Eguiluz
Portada: Carlos Pellicer
Corrección: Carlos Pellicer López